

Iker.

Recogí las últimas cajas que quedaban en lo que en el pasado fue mi cuarto y mi hogar. Vestida de negro bajé a despedirme. Empapada de lágrimas, Isabel me abraza. Serena pero melancólica, Inés me abraza. No hay abrazo de papá porque ya no está. No hay abrazo de mamá porque no quiere estar. Escondida en la cocina evita nuestro encuentro. La verdad es que yo también lo he evitado, pero hay algo en mi interior que se mueve y que solo saciará si la miro a los ojos y todo lo que eso conlleve.

Entro a la cocina. Se gira y nos miramos con una tensión inigualable. Solo el silencio nos rodea. Extiende sus brazos y se acerca temerosa. Es como si tuviera miedo a tocarme siquiera, como si fuera un clavo ardiente. En un pasado reacio me habría ido de esa cocina. Pero es mi madre, y ese hecho palpita en mi corazón con fuerza desenfrenada. ¿Y de qué sirve ya, mi resentimiento hacia ella? Nos abrazamos y ahora sé que ya no sirve ser necias. Que ya no sirve el rencor. Que ya no sirve esquivar. Que ya no sirve nada. Así, de la manera que menos me esperaba y en silencio, la perdono. Noto como ella me perdona. En silencio nos abrazamos. No hacen falta palabras para perdonar a una madre. No hacen falta palabras para pedir perdón a una hija. No hacen falta palabras. Los silencios bastan. Los abrazos bastan. Todo basta.

Siento su silencio. Siento su perdón y siento el mío aunque nunca tuve nada que perdonarle. Jamás llegué a odiarla, era mi hija por Dios...pero me duele pensar que ella sintió algo por mí que no fue amor. Durante demasiado tiempo fuimos extrañas y fuimos nada. Durante demasiado tiempo fuimos necias y fuimos aborrecimiento. Yo sentía culpa y tristeza, ella supongo que odio. Me arrepiento mucho. Me arrepiento de no haber estado con mis hijas. Con ella. De haberte dejado esa carga a ti, Ismael. Esa carga de una mujer depresiva y unos hijos que criar. No dejé que fuésemos pareja. No dejé que fuésemos familia y, aunque el pasado ya fue, me arrepiento mucho.

Y el dolor fue mi peor enemigo. Ese día fue mi peor enemigo. Ese momento fue mi peor enemigo. La muerte de Iker fue mi peor enemigo. Iker. Iker. Iker. Hijo mío, te echo tanto de menos. Si no hubieras muerto esto no habría pasado. Esto no estaría pasando.

La casa de vacaciones se convirtió en un lugar prohibido, un lugar bloqueado. En el último verano todo comenzó normal: Papá salía a cazar por las tardes soleadas y yo cuidaba a mamá, que estaba embarazada de Isabel de siete meses. Le traía lo que necesitase y apenas tenía tiempo para los juegos de Irene e Iker, por lo que ellos se la pasaban jugando entre ellos. Hubo una tarde en la que yo estaba tejiendo con mamá, papá cazando, Iker e Irene por ahí e Isabel en vientre.

—Ve a ver qué tal están tus hermanos.—Me indica mi madre con voz perezosa.

Una niña de diez años corre por un pasillo. No encuentra a sus hermanos.

—¡Irene! ¡Iker!—Grita sin éxito.

Finalmente, oye risas infantiles. Corre siguiendo esas risas inocentes. Risas. Risas. Risas. De repente, las risas se transforman en un ruido. Corto pero lo suficiente para provocar el grito de todos en la casa.

Irene, Isabel, madre, Inés e Iker. Cinco personas en la casa. De repente y en un instante, se convierten en cuatro.

En el momento en el que escucho el ruido la lana y las agujas se caen al suelo. Echo a correr como puedo cargando de mi vientre a Isabel. Se supone que debo estar en reposo y me duele moverme. Pero debo hacerlo. Tengo miedo. ¿Qué fue ese ruido?

Arrastrando los pies y sujetada de la pared veo a Inés con la mirada en llanto y viendo el interior del despacho. Llego junto a ella y veo lo mismo que ella ve. Veo a Irene. Veo a Iker. Inerte, tirado y envuelto de sangre. Envuelto de muerte. Solo cuando grito con el dolor en el pecho Inés reacciona y sale corriendo. Irene reacciona y llora.

—Ya hemos parado de jugar. Despierta.

Pero Iker no despierta. Ya no.

Sostengo al conejo por las patas traseras. Observo con orgullo el tiro en la cabeza que deja escapar un hilo de sangre que tiñe el césped y mis botas. Le ato las patas a la cuerda que sujeta los otros dos conejos, y es ahí cuando oigo a mi Inés.

—¡Papá! ¡Papá!

—¡Inés!

Abro los brazos para recibir su abrazo pero no hay abrazo. Inés llora y yo no entiendo. A lágrima viva me agarra un brazo y me lo tira.

—¡Tienes que venir! ¡Iker está muy mal!

Un padre corre con una niña en brazos y la escopeta rebota en la espalda al ritmo de sus zancadas. Llega a la casa, que huele a tragedia. La niña se suelta y lo conduce hasta la habitación donde una embarazada abraza llorando el cuerpo de un infante. El niño tiene la mirada perdida y está muerto. Un tiro en el pecho empapa el vestido y los brazos de la embarazada. Empapa el suelo con sus chorros de sangre, que se mezclan con las lágrimas de la embarazada. Irene al otro lado lo sacude. “Despierta” dice mientras llora. La embarazada la aparta. Quiere llorar sola con su hijo. Quiere desaparecer. Quiere que vuelva.

Se incorpora y me observa con los ojos hinchados y en medio de la oscuridad de la habitación me habla. Han pasado dos semanas desde que Iker dejó de ser persona, de ser alma. Pero jamás dejará de ser mi hijo, este muerto o vivo. Yo tuve un hijo, y mis sueños y recuerdos lo confirman. Isabela me habla con esa voz temblorosa que tanto me mata.

—Ya no tengo ganas de nada, Ismael. Ni siquiera estoy enfadada contigo.

Quiero llorar, pero si lloro ella lo hará.

—No me mortifiques. Ya lo hago yo.

Avienta un cojín con rabia. No sé como soy capaz de aguantar el llanto.

—¿Por qué, Ismael? ¿Por qué tuviste que dejar el cajón abierto? ¿Por qué tuviste que traer una pistola? Me rompo.

—Acostumbro a llevarla, ya lo sabes... jamás imaginé que... jamás imaginé nada...

Me abraza y lloramos juntos.

—No es culpa tuya pero es muy difícil todo...

Le coloco el cabello detrás de las orejas. Tiene el rostro húmedo y demacrado. Parece que le acaban de caer diez años en dos semanas.

—Tienes que estar bien, Isabela, por Isabel. Yo cuidaré a las niñas, pero tú tienes que estar bien.

Mientras nos abrazamos, mamá me susurra. Su voz acaricia mi oído trayéndome recuerdos del hogar, pero también recuerdos amargos.

—Lo siento. Siento todo. Siento haber tardado, siento todo. Lo siento.

Le beso la mejilla.

—¿Por qué mamá? ¿Por qué he tardado tanto en aceptar tu abrazo? ¿En ser tu hija?

Se separa y me mira con ojos enternecedores.

—El dolor nos cegó. Me cegó a la hora de tener que cuidarte y supongo que te cegó a la hora de abrazarme... ¿Y sabes que me dijo tu padre antes de irse?

Niego.

—“No la pierdas a ella también.”

La vuelvo a abrazar.

—No debí irme, mamá, debí entenderte. Entender ese dolor que pasabas. No merecías perderme después de todo.

—Yo no debí haberme quitado el placer de tener una madre durante tanto tiempo, una familia normal...

¿Por qué no contestaste las llamadas?

Tardé en contestar.

El pitido termina. El pitido vuelve a sonar. ¿Por qué no puedo contestar? ¿Por qué? Porque ella tampoco contestó cuando yo la necesitaba. Me doy un golpecito ya que en el fondo sé que estos pensamientos son injustos, pero es difícil no sentirse dolida.

—Déjala, está cansada.— Me repetía siempre papá con los ojos cansados.

Y es que fue un accidente, ni siquiera lo recuerdo, solo eso. “Juguemos al cazador y al venado”. Apunto y “pum” con los labios. Apunto y “pum” con los labios. Apunto y el “pum” ya no sale de los labios. Mamá ya no sale a nada. Papá ya no sale a cazar. Pero se guarda el dolor. Lloro en silencio. Inés no llora, pero tampoco habla.

Sacudo la cabeza tratando de alejar esos recuerdos que para mí son demonios. Suena de nuevo el teléfono. Contesto. Aprieto los labios. Cierro los ojos.

—¿Hija?—la voz de mamá se entrecorta con los sollozos.

Cuelgo.

No puedo. No puedo. No puedo. ¿Qué se supone que debo responderle?

Traga saliva.

—Simplemente no fui capaz.—Me contesta como si todo fuese fácil.

—Tu padre estaba muy mal, deberías haber venido...Yo también estaba mal.

—Tú siempre has estado mal, mamá. Si no es Iker es papá. Han pasado veinticuatro años y no lo superas.

La sonrisa forzada se me quita en el acto.

—Ni lo voy a superar. Yo nunca voy a poder aceptar perderlo.

Ríe irónicamente. Me molesta.

—¿Por qué no lo dices, mamá?¿Porque jamás he oído salir de tu boca la palabra “Iker” o la mención de un recuerdo suyo?

—No puedo...

—¿Por qué?

Pienso antes de contestar.

—Porque me duele. Jamás me dejaré de doler.

—Eso ya lo has dicho. Pero es que no estás entendiendo que ese dolor te quitó la vida. Me quitó a mi madre. No estás entendiendo que jamás debiste encerrarte en una habitación.

Exploto.

—Jamás pude cruzar esa puerta porque cada que salía soñaba que algún milagro hiciese veros a ti y a él jugando de nuevo. Entiendo y acepto que no aceptar su muerte fue mi error. Pero aceptar su muerte también fue y es algo que se salía y se sale de mis posibilidades...Pero era mi deber salir ahí como madre...y yo...Yo no lo hice.

Me coge la mano tranquilizando esa culpa que me aprieta.

—Está bien. Pero quiero que sepas que yo sentí que perdí a mi madre y a mi hermano el mismo día. Que he sido incapaz de sentir mucho amor por ti porque jamás has estado conmigo. Por eso me alejé. Y me arrepiento porque debí haberlo entendido y haberte querido pese a ello. Pero solo pensaba en que eras injusta sin saber realmente por lo que estabas pasando. Fue culpa de las dos y de nadie. Del dolor y de nada. De la muerte y del odio...y de nada.

Me entrega una fotografía en la que un niño y una niña se muestran sonrientes junto a su madre. En un prado perfecto con una casa de vacaciones de fondo.

Lloro y la abrazo.

—Te quiero.—Le susurro sintiendo como todo el dolor que en toda mi vida retuve, se va dejando una sombra: el recuerdo.

Iker. Iker. Iker. Hijo mío, te echo tanto de menos.